

## “LA ALEGRÍA DE SER HERMANOS Y HERMANAS EN COMUNIDAD”

Queridas hermanas, queridos hermanos:

En este tiempo de adviento, el profeta Isaías lleva la voz cantante de aquello que será el centro de reflexión de la liturgia. Él, desde una perspectiva mesiánica, anuncia lo que sucederá con los habitantes de Israel, de modo particular, con los pobres, oprimidos, marginados; es decir, con los que no cuentan para la sociedad. Cuanto se les comunica está en íntima relación con el Mesías, con Él y en Él se cumplirán todas las promesas hechas por Yahvé.

El Evangelio de Mateo permite entender que Jesús, es el verdadero Mesías, que Él realiza cuanto anunciaron los profetas; por tanto, las promesas se hacen realidad y confirma la llegada del Mesías.

Pero, ¿qué es lo que anuncia el profeta Isaías?: alegría y gozo. “Los oprimidos volverán a **alegrarse** con el Señor, y los más pobres **gozarán** con el Santo de Israel”. Nos preguntamos ¿Cuándo sucederá eso?, Isaías manifiesta: “... cuando vean mis acciones en medio de él...”, se trata de una promesa mesiánica. En efecto, “La alegría es el don mesiánico por excelencia”, nos dice el papa Francisco. Esa alegría la experimentaron los israelitas fieles a Dios, y de modo particular, los contemporáneos de Jesús, aquellos que creyeron en el enviado del Padre. El encuentro con el Mesías les ocasionó alegría y gozo.

El Evangelio narra que Jesús preguntó a los dos ciegos: “¿Creen que puedo hacerlo?”, ellos le respondieron: “Sí, Señor”; por ende, una de las condiciones para encontrar la alegría y gozo en el Señor, es “creer en Él”, tener la confianza que Él puede transformar nuestra realidad, que Él es el único que puede liberarnos de nuestras esclavitudes y limitaciones.

Nosotros, hermanos y hermanas, creemos en el Mesías, en aquél que es causa de nuestra alegría y gozo. Si nos ponemos a recordar nuestros días de enamoramiento con el Señor, cuando sentimos en lo más profundo de nuestro ser, el llamamiento que él nos hizo a una vida consagrada, vamos a percatarnos que Él provocó en nosotros un desafío, temor, pero sobre todo, una inmensa alegría. El saber que Él puso su mirada sobre nosotros, que él nos llamó por nuestro propio nombre, no tanto por nuestros méritos sino porque Él quiso hacernos sus servidores y servidoras, como Él mismo, les dijo a sus discípulos: “*No me eligieron ustedes a mí; fui yo quien los elegí a ustedes*” (Jn. 14,16), eso hizo que nosotros le diéramos nuestro sí. Ninguno, ninguna se ha sentido obligado u obligada a seguirlo, nosotros, en la libertad de los hijos de Dios, le hemos dicho: “Aquí estoy para hacer tu voluntad”. (Sal. 39)

Al darle nuestro sí, hemos pasado a formar parte de una comunidad religiosa. Con mucha ilusión y alegría, hemos dejado nuestra familia para ser miembros de otra familia; como hemos dicho en el Salmo, hemos buscado: “... *habitar en la casa del Señor por los días de mi vida, gozar de la dulzura del Señor*”.

Con el paso del tiempo, muchos de los que estamos y muchas de las que están aquí presentes, hemos habitado en la casa del Señor por tantos años y, en vista que, en muchos de los casos, somos miembros de nuestras comunidades religiosas desde el siglo anterior, vale preguntarnos: ¿Conservamos aún la alegría del encuentro con el Señor? ¿Vivimos con pasión nuestra vocación de consagrados? ¿Abrazamos con esperanza el futuro? Podríamos sintetizar todas estas preguntas en el tema de nuestro día: ¿Experimentamos verdaderamente la alegría de ser hermanos y hermanas en comunidad?

Estoy seguro que muchas hermanas y hermanos sí experimentan esa alegría de vivir en comunidad; sin embargo, *“La cultura moderna y posmoderna ha desarrollado una fuerte sensibilidad hacia la autonomía, la libertad, la subjetividad del individuo, que quiere ser independiente, libre, y arquitecto de su propia historia y sus propias decisiones. Se establece, así, una tensión constante, a menudo incluso se vuelve un conflicto entre la referencia institucional y la individual. El lado problemático de esta sensibilidad consiste en una cerrazón del individuo en su manera de pensar y de vivir, centrándose en sí mismo. Es la celebración del individualismo que se ha convertido en un absurdo criterio fundamental de la vida”*. (Hermanos y Menores en nuestro tiempo. *Lineamenta en preparación al Capítulo general 2015*, p. 15)

Deseo compartirles unos datos estadísticos de la realidad de nuestra Orden Franciscana en el mundo. Normalmente se concibe al fraile franciscano como un hermano alegre, bondadoso, fraterno, en búsqueda de la perfecta alegría, como nos enseñó nuestro fundador; no obstante esto, según una encuesta realizada a los frailes de todo el mundo, en preparación al Capítulo general 2015, se manifiesta lo siguiente: *“Del Informe sobre la investigación (encuesta) a los hermanos de la Orden resulta que las mayores dificultades para vivir con gozo la propia profesión religiosa y franciscana están representados por la falta de comunicación interpersonal en fraternidad (46%), la falta de organización interna (23,6%) y el no compartir las decisiones de la fraternidad (21%)”*. (Hermanos y Menores en nuestro tiempo, p. 23)

Quizá, esta realidad puede reflejar, de alguna forma, aquello que ocurre en la mayor parte de comunidades religiosas, masculinas y femeninas. El individualismo, causado por el activismo o por nuestros propios intereses mundanos, ha permeado nuestras instituciones, despojándonos la alegría de vivir como hermanos y hermanas en comunidad.

El papa Francisco, consciente de este peligro, nos exhorta en la *Evangelii Gaudium*: *«¡Dios nos libre de una Iglesia mundana bajo ropajes espirituales o pastorales! Esta mundanidad asfixiante se sana tomándole el gusto al aire puro del Espíritu Santo, que nos libra de estar centrados en nosotros mismos, escondidos en una apariencia religiosa vacía de Dios. ¡No nos dejemos robar el Evangelio!»* (EG 97).

Teniendo como plataforma la iniciativa de Dios, que nos ha llamado a la vida consagrada, las relaciones interpersonales, en la vida comunitaria, constituye la base para crear un ambiente fraterno, de hermanos y hermanas, para crear confianza y alegría de vivir juntos, para llevar una calidad de vida significativa que se convierta en el testimonio vivo de cuánto hemos profesado. *“La fraternidad no existe en sí misma, es necesario construirla, cuidarla y conservarla”*. La fraternidad la hago yo, en relación al tú, para crear un “nosotros”.

Urge la necesidad de revisar en nuestras comunidades: la calidad de vida de oración y fraternidad, de nuestro compromiso con el proceso de formación y conversión permanente, de nuestra relación con el otro y la creación, de nuestra responsabilidad de evangelización.

Estamos viviendo en la Iglesia, nuevos tiempos. El papa Francisco nos propone una Iglesia en movimiento y nos incita a los consagrados y a las consagradas a despertar al mundo; pero, para ello, debemos renovar nuestra vida consagrada y ser testigos de la belleza y alegría de nuestra vocación.

*«¡No nos dejemos robar la comunidad!»*, como nos dice el papa Francisco en la *Evangelii Gaudium*, 92.

Fr. Mario Liroy Ortega, ofm